

*Folleto comprado en 1916*

TRATADOS DE MORAL.

**PLUTARCO**

PRECEPTOS

ACERCA DEL MATRIMONIO

— ss. —

TRADUCCION DE G. U


*Gabriel Unda*

QUITO

Tipografía Comercial de Gabriel Unda

1900

## PRECEPTOS ACERCA DEL MATRIMONIO

Plutarco à Poliano y  
Euridice, salud.


Ahora que la sacerdotisa de Cetes, después de haberos encerrado á ambos en la cámara nupcial, ha celebrado la ceremonia prescrita por la ley del país, creo en el espíritu de esa ley, para contribuir á vuestra felicidad dirigiéndoos consejos útiles y propios para cimentar vuestro enlace. Entre los tonos de música, hay uno que se llama HIPOTHORO. sin duda porque inspira á los caballos el deseo de acercarse á las yeguas. Lo mismo la moral, entre esa multitud de preceptos que da á los hombres, los tiene especiales para el matrimonio, y no son menos importantes pues con el encanto de sus discursos, obra poderosamente en el ánimo de los esposos destinados á pasar unidos todos los días de su existencia, suavizándoles sus caracteres y haciéndoles tratables.

He recogido pues en forma de artículos cortos y por lo mismo fáciles de conservarlos en la memoria, los diferentes preceptos que os he dado cuando os enseñaba la filosofía. Os los envío como presente común á ambos, después de haber suplicado á las Musas para que acom-

pañando á Venus se sienten también con ella à vuestro lado; porque lo mismo saben establecer la paz y armonía en el matrimonio por medio de sus discretas y acertadas razones, como templar la cítara ó la lira. Los antiguos solían colocar las estatuas de Mercurio junto á las de Venus, para dar entender que los placeres del matrimonio necesitan del auxilio de la elocuencia. También juntaban la de la Persuación y de las Gracias, para enseñar á los recién casados que nada deben alcanzar uno de ótro con disputas y querellas, sino solo por medio de la persuación.

Solón había prescrito que toda mujer, antes de habitar con su marido comiera la fruta del membrillo, para dar á entender con esto, si no me engaño, que una esposa ante todo debe poner mucha dulzura y suavidad en sus palabras.

En la Beocia, al cubrir con el velo nupcial á la desposada, la ciñen la cabeza con una corona de hisopo, porque esta planta produce sobre un tallo erizado de espinas un fruto de exquisita suavidad. Lo mismo un marido que se enfada al experimentar los primeros sinsabores de que está seguido ordinariamente el matrimonio, encuentra luego en su mujer la más dulce y agradable compañía. Irritarse por estos primeros desagradados equivaldría á imitar

á aquellos que habiendo probado un racimo de uvas verdes, no las quisieran después al estar maduras. Las mujeres que por su parte se disgustan por las contrariedades que experimentan al principio, seméjense á aquellas que picadas por una abeja, arrojan de despecho el panal de miel. Prevéngase pues desde el principio del matrimonio con sumo cuidado todo germen de división. Los muebles cuyas diversas piezas están recién unidas sepáranse facilmente. Mas cuando el tiempo ha cerrado las junturas, el hierro y el fuego apenas pueden romperlas.

La paja, los copos de lana, el pelo de liebre se prenden facilmente con el fuego; pero éste se apaga luego si no tienen aquellas sustancias materias sólidas que las sirvan de pábulo.

Lo mismo en los recién casados: el amor que encienden los encantos exteriores, por vivo que sea, pasa rapidamente si no encuentra un alimento conveniente en las costumbres virtuosas, de las cuales nace una afección íntima y duradera. Se coge más pronto á los peces con un cebo envenenado: pero también se corrompen hasta tal punto, que luego se hacen incomedibles. Las mujeres que para prender á sus maridos emplean los atractivos envenenados de la voluptuosidad, los embrutecen luego corrompiendo á la vez tanto su corazón como su inte-

ligencia. Los compañeros de Ulises á los cuales habia sujetado Circe con sus hechizos, fueron inútiles á sus placeres: nada alcanzó ella de estos hombres metamorfoseados en cerdos y en asnos; pero amó apasionadamente á Ulises quien habia sabido conservar la razón y la prudencia.

Las mujeres que pretenden gobernar á maridos insensatos, primero que obedecer á esposos prudentes, parecen á quienes prefieren guiar á ciegos antes que seguir á personas que tienen buena vista y conocen el camino. No quieren persuadirse las mujeres que Pasífaé haya amado apasionadamente á un toro teniendo á un rey por marido; mientras que ellas mismas están viendo á muchas que desprecian á esposos austeros y de buenas costumbres, para unirse á hombres bajos y reducidos, por sus bestiales apetitos al estado (por qué no decirlo?) de perros y de cabros.

Aquellos ginetes á quienes la debilidad ó el temor impiden subir de un salto sobre el caballo, le obligan á inclinarse, para montarlo fácilmente. Así también hay ciertos maridos que despues de haberse casado con mujeres nobles ó ricas, en vez de moderarse en sus costumbres, procuran rebajarlas con la esperanza de poder de esta manera gobernarlas mejor. No comprenden que la autoridad que uno ejerce

Mientras más alejada está la luna del sol su luz despide mayor brillo y claridad: se oscurece y eclipsa á medida que más se acerca á aquél, Una mujer sensata, debe, por el contrario, parecer y brillar solamente al lado de su esposo, permaneciendo encerrada en su casa cuando estuviere ausente.

Herodoto se ha equivocado cuando ha dicho que la mujer al despojarse de su túnica también se despoja del pudor. Al contrario, entonces precisamente es cuando una mujer honesta se reviste de todo su pudor: y nada prueba tanto el amor recíproco de dos esposos como el respeto que se guardan mutuamente.

Un acorde compuesto de dos tonos toma siempre su denominación del tono más grave. Así en una casa bien ordenada, todo se hace de concierto entre los esposos; pero vése que allí el consejo y el mando pertenecen al marido. El sol ganó la apuesta á Boreas. Mientras soplabá con mayor violencia el viento, más se arropaba el viajero con su manto para resistir á los rigores del frío: El sol á su vez, después de calentar poco á poco el aire abrasaba con sus rayos al caminante el cual se deshacía luego de su capa y de su túnica. Lo mismo pasa con la mayor parte de las mujeres. Si sus maridos quieren obligarlas á abandonar los objetos de su vanidad, se irritan y se revelan contra su autoridad;

mas si ellos emplean los medios que la dulzura y la persuación aconsejan, entonces ellas se someten sin resistencia y sin replicar.

Catòn degradó à un senador por haber abrazado à su esposa en presencia de su hija. Talvez fue demasiado riguroso este juicio. Pero si; en efecto, es vergonzoso que dos esposos se abracen y acaricien en presencia de los extraños, no lo será menos el que riñan en presencia de éstos? Si un marido sólo debe prodigar á su esposa en secreto las pruebas de su ternura menos buscará testigos para hacerla sus repreciones. Un espejo enriquecido con el oro y las piedras preciosas no tiene uso alguno si no representa al natural los objetos. No agrada una mujer rica con sus tesoros á su marido sino conforma por otro lado su vida y su proceder con los de su esposo. No es fiel el espejo que revela un rostro triste al que lo tiene alegre, ó representa el semblante festivo á un hombre ceñudo y serio. No es menos desagradable la mujer que muestra mal humor precisamente cuando su marido quiere reir y alegrarse, ó si se ocupa en preparar fiestas y placeres cuando está recargado de pesadumbres: esto es prueba de extravagancia y aquello de menosprecio. Dicen los geómetras que las líneas y las superficies no se mueven por si mismas, sino que siguen el movimiento de los cuerpos á los

cuales determinan. Tal una mujer, despojándose de toda afección particular debe compartir los cuidados, las ocupaciones, los entretenimientos y los placeres con su marido.

Aquellos individuos que no consienten que sus mujeres coman y beban libremente en su presencia, les enseñan à hartarse cuando están á solas. También si no acceden á compartir con ellos sus placeres y sus alegrías, las autorizan para que se resarzan á hurtadillas de esta contrariedad.

Los reyes de Persia se sientan á la mesa con sus mujeres legítimas: pero cuando quieren divertirse y entregarse á los desórdenes, las despiden, y entonces hacen venir á los músicos y á las cortesanas: porque no quieren, y con razón, que sus mujeres sean testigos y cómplices de sus disoluciones. Si pues un hombre, poco dueño de si mismo, se deja arrastrar voluntariamente por una mujer de mala vida su esposa debe disimularlo con prudencia, sin entregarse al resentimiento, considerando que por respeto á ella lleva su marido á ótra su intemperancia y sus vicios.

Cuando un rey es aficionado á la música á las bellas letras, ó á los juegos corporales, formase durante su reinado un gran número de músicos de sabios ó de adletas. Lo propio acontece cuando un marido ama los adornos, los



los placeres ó la virtud: hace à su mujer frívola voluptuosa ú honesta.

Preguntábase en cierta ocación à una joven la-cedemonia si ella se habia aficionado de su marido "No ,contesto; él sí de mí." La mujer no debe ni rechazar con disgusto las caricias de su marido pero tampoco provocarlas: èsto pertenece á una cínica cortesana, y aquéllo á una mujer desdeñosa ó indiferente.

Una buena mujer no debe tener más amigos que los de su marido: y como entre nuestros amigos los dioses tienen el primero y el más alto asiento, conviene pues que ella honre á aquellos á quienes su marido juzgare conveniente honrar. Cierre pues la mujer honrada la puerta de su casa à toda religion nueva, à todo culto supersticioso y extranjero. Ninguna divinidad puede aceptar los sacrificios que una mujer le ofrezca en secreto y á hurtadillas.

Platón dice que aquella ciudad es feliz adonde no se conoce el tuyo y el mío, porque entonces los ciudadanos disfrutan en común y sin límites de todo lo que tiene valor. Pero estas dos palabras deben desterrarse especialmente de la sociedad conyugal. Los médicos pretenden que los golpes que se reciben en el lado izquierdo se hacen sentir por correspondencia en la parte opuesta: lo mismo la mujer debe sentir los males de su marido, y más aun éste los de

su esposa. En efecto, de la misma suerte que los nudos toman su fuerza del modo como se entazan entre sí, la unión conyugal se fortifica por la correspondencia de los dos esposos. En la unión de los dos sexos, cada uno suministra igualmente á la naturaleza los principios que ella misma mezcla y confunde en un solo conjunto; y como lo que resulta es común á ambos, ni uno ni otro puede conocer ni diferenciar lo que particularmente le pertenece. Lo mismo debe ser en el matrimonio por lo que atañe á los bienes de fortuna. Conviene que tanto el marido como la mujer pongan en común, sin distinción, todo cuanto poseyeran sin que haya nada de particular para ninguno de ellos. La mezcla del vino y del agua aunque ésta sea en mayor cantidad, conserva el nombre de vino: así la casa debe siempre llevar el nombre del marido aun cuando la mujer hubiere aportado mayor hacienda á la comunidad.

Helena fue codiciosa y Paris voluptuoso: Ulises por el contrario era prudente, y Penélope discreta. Por esto, el matrimonio de éstos fue feliz y digno de servir de ejemplo, mientras que la unión de aquéllos atrajo sobre la Grecia y sobre los Bárbaros una Iliada de males.

Un romano á quien sus amigos vítuferaban el haber repudiado á una mujer rica, bella y honesta les enseñó su zapato: "Está bien he-

cho y es nuevo, les dijo: empero ninguno de vosotros sabe en donde me hiere." Ninguna mujer debe poner su confianza en su dote, en su nacimiento, ó en su hermosura, sino en lo que agrada más á su marido; como, la bondad de sus costumbres y la rectitud de su comportamiento. Procure no mezclar en esto ningún sinsabor; antes por el contrario, muéstrese constantemente amable y benévola, conformándose con los gustos de su esposo. Los médicos temen más la fiebre que proviene de causas ocultas y que se han desarrollado lentamente, antes que aquellas cuyos síntomas son muy determinados y de causas conocidas. Los pequeños disgustos que diariamente se encierran en el interior del hogar son los que perturban más la concordia y lastiman el amor conyugal.

El rey Filipo quería con pasión á una mujer tesalia á á quien se acusaba de usar sortilegios para cautivarlo. Olimpia, madre del rey, se sirvió de mil medios para tenerla en su poder á esta joven. Pero cuando hubo visto y admirado sus gracias, su hermosura y la nobleza de sus modales y de sus palabras: "Ah! ya comprendo, exclamó, que todo lo que se te imputa no es sino mera calumnia. Tus sortilegios se encierran en tí misma." Poder irresistible es el de la mujer que poseyendo en sí toda clase de merecimientos, noble cuna, riqueza, simpatía, cin-

tura de Venus, consigue afianzar por medio de sus virtudes y buen comportamiento el afecto de su esposo.

La misma Olimpia, al saber que un joven de la corte se habia casado con una dama muy bella, pero de mala reputación: "Si este hombre, dijo, tuviera buen juicio, no habria cuidado, al casarse. de tomar consejo solamente de sus ojos." No es bueno casarse por lo que aconsejan los ojos ó los dedos, como aquel que se contenta únicamente con calcular lo que una mujer le aportaría por medio del matrimonio, no cuidándose de reflexionar si podrá vivir bien con ella.

Cuando Sócrates veía á los jóvenes mirarse en el espejo, les aconsejaba, si eran mal parecidos, reparar este defecto por medio de la virtud; si eran hermosos, no daban esta bella cualidad con el vicio. Lo propio debe decirse á sí misma una mujer al contemplarse en el espejo. Si es fea: qué seria de mí si no fuera juiciosa? Y si es bella: de qué me servira mi hermosura si llegase á perder el juicio? Nada hay en verdad más preciado para una mujer como verse amada por su buen carácter (a pesar de sus defectos físicos) más bien que por su belleza.

El tirano de Sicilia, Dionicio, habia enviado á las hijas de Lisandro vestidos y joyas de alto precio. Lisandro no quiso recibirlos. "Estos a-

dornos, dijo, afearán á mis hijas en vez de servir para ataviarlas.” Sófocles también había dicho antes de Lisandro: “Este adorno, oh desdichado, va à deshonrarte ante todas las miradas, descubriendo la mezquindad de tu alma.”

“El verdadero atavío, decía Crates, es el que adorna.” Luego lo que verdaderamente adorna á una mujer no es pues el oro, ni las piedras preciosas, ni la púrpura, sino todo aquello que hace resplandecer en ella su castidad, su modestia y su pudor.

Cuando se ofrece un sacrificio á Juno Nupcial, no se le presenta la hiel con las demás partes de la víctima, sino que se las arroja al pie del ara. El que ha instituido esta ceremonia ha querido sin duda insinuar con esto que la hiel y la amargura deben estar completamente alejadas del matrimonio. La austeridad de una mujer debe ser como el vino, dulce y útil: no amarga y repugnante como el aloe ú otra droga medicinal.

Platón, viendo en Xenócrates, hombre lleno de cualidades y virtudes, una excesiva rigidez de costumbres, le aconsejaba sacrificar à las Gracias. La mujer virtuosa necesita más que cualquiera otra persona estar rodeada también de las Gracias “afin, dice Metrodoro, que su compañía sea agradable á su esposo, y no detestable su moderación.” Tampoco debe, bajo

pretexto de economía, descuidar el cuidado de su persona; ni porque ame á su marido tener por él menos complacencia. El carácter triste hace á la virtud odiosa; lo mismo que el desaseo hace aborrecer la economía.

La mujer que por temor de ser calificada de inmoderada se abstiene de reir ó festejar á su marido, no difiere, me parece, de aquella que por que no la acusen de afeitada se abstiene de toda limpieza. Los oradores y los poetas que quieren evitar el uso de una dicción popular y trivial, se esmeran en conmover y agradar al auditorio por el fondo mismo del argumento, por la acertada y feliz disposición de las partes y el cuadro fiel de las costumbres. Tal debe una madre de familia, rechazar todos esos frívolos y vanos atavíos propios de cortesanas, esmerándose mas bien en agradar á su esposo por la gracia de su conversación y el arreglo de sus costumbres, afín de inducirlo al placer por medio de la honestidad. Sin embargo, si aconteciera que una mujer fuese de un natural tan grave y austero que nada fuere capaz de alegrarla, conviene que su marido la sufra con paciencia. Antípater pedía en cierta ocasión una cosa injusta á Foción: “No conseguirás, le contestó éste, tenerme á la vez por lisonjero y por amigo.” Diga lo propio el marido de una mujer austera: No puedo hacer de ella al mismo

tiempo mi cortesana y mi esposa.

En Egipto prohibían las leyes que las mujeres llevaran zapatos afin de acostumbrarlas á guardar la casa. En estos tiempos, para hacerlas quedar en casa hay que quitarlas sus zapatos bordados de oro, sus braceletes, sus joyas y sus vestidos de púrpura.

Teano, al vestirse, cierto día, dejó ver parte de su brazo. No faltó quien exclamara: "Oh, qué brazo tan hermoso!" "Sí, dijo, pero no ha sido hecho para que fuera visto." La mujer honesta no sólo debe ocultar los brazos, sino también sus palabras, y ser no menos reservada en el hablar con los extraños, como recatada en el vestir, porque su lenguaje no descubra sus afectos, inclinaciones y costumbres.

La Venus de Élide. obra de Fidias, hollaba con sus pies una tortuga, para significar con ello que una mujer debe estar dentro de su casa, guardando en ella silencio. No es bueno que hable sino sólo en compañía de su marido ó por medio de su marido; pues semejante al tocador de flauta, debe hacerse oír por medio de otro órgano.

Los ricos y los reyes que quieren manifestar su estimación por los filósofos se hacen honrar de ellos mismos; pero los filósofos que hacen la corte á los magnates se envilecen sin honrarlos. Lo mismo acontece con las mujeres:

mientras más sujetas están á sus maridos ,son más queridas y apreciadas por ellos. Pero si presumen ejercer alguna autoridad sobre ellos se causan à sí mismas mayor daño que al que pretenden dominar. Al marido compete pues conservar sobre su mujer, no el poder absoluto del señor para con su esclava, sino ese noble imperio que ejerce el alma sobre el cuerpo al cual está unida y cuyas afecciones las comparte en igual grado. Así como es deber del alma cuidar del cuerpo sin halagar sus deseos desordenados ni acudir á sus gustos, igualmente debe ser complaciente y fácil un marido, sin dejar eso sí disminuir su autoridad en ningún caso.

Dicen los filósofos que los cuerpos están compuestos, ó de partes distintas y separables como una flota y un ejército; ó bien de partes compuestas entre sí, como un navío ó una casa; ó en fin, de partes unidas por la naturaleza, como los cuerpos de los animales: poco mas ó menos se encuentran estas tres clases de enlaces en el matrimonio. Los esposos que se aman tiernamente parécense á los cuerpos cuyas partes están íntimamente unidas por la naturaleza. Los que se casan no más que por el interés de la dote, ó por tener sucesión, se ven figurados por los cuerpos cuyas partes son sólo compuestas entre sí. Los dos esposos no tienen de común más que la casa, y habitan y no



que viven juntos; y son, por decirlo así, como los cuerpos compuestos de partes separables y distintas. Las sustancias líquidas son, según los físicos, aquellas que se mezclan más íntimamente en todas sus partes. Entre los esposos, el cuerpo, los bienes, los parientes, los amigos, todo es común á ambos. Por ésto el legislador romano prohibía á los casados hacerse mutuos regalos ó dones, no para impedir que se recibieran algo mutuamente, sino para que mirasen todo lo que tuvieran como cosa propia de ambos.

Es costumbre en Leptis, ciudad de Africa, que la recién casada, al día siguiente de sus nupcias, mande á pedir prestada una olla á su suegra. Esta le contesta que no la tiene. Haciéndola experimentar desde el principio el mal modo su suegra se pretendía acostumbrarla á sobrellevar con paciencia las contradicciones que pudiera sufrir en los sucesivos. Una mujer debe tener siempre en la memoria esta disposición de acritud bastante común entre la suegras, para prevenir fuertemente todo aquello que pudiere servir de pretexto siquiera de disgustos en su hogar. El único remedio contra esta pasión es que procure ganar la ternura de su marido sin que él disminuya en lo más mínimo el cariño que debe profesar á su madre. Parece que las madres aman más á sus hijos varones

porque de ellos esperan mayores socorros; y los padres á sus hijas, por que éstas tienen más necesidad de su apoyo. Esto contribuye también para que los esposos, por una concurrencia de la estimación que se profesan, manifiesten cada uno mayor cariño por los hijos de sexo opuesto. Por lo demás, bien puede haber en ello muchas diferencias á este respecto. Pero lo más prudente en una mujer es de manifestar mayor solicitud en honrar á los padres de su marido que á los suyos propios, confiándoles los pesares que tuviere y que se los haya ocultado á aquél. Con su confianza y amistad para con ellos se ganará en retorno las de sus suegros.

Los generales griegos que servían en el ejército de Ciro ordenaron á sus soldados que recibieran en silencio á sus enemigos si éstos les atacaban con gritos; y si por el contrario, les acometían en silencio que los rechazaran profiriendo grandes alaridos. Lo mismo hacen las mujeres sensatas: cuando sus maridos están encolerizados guardan profundo silencio; si callan, ellas procuran alegrarles con sus buenas palabras.

Euripides vituperaba con razón el uso de la lira durante las comidas: quiere que la música sirva para calmar las emociones ó los pesares del alma y no para incitar á la molicie á los que

han probado ya las dulzuras de la voluptuosidad. Además, nada hay tan inconsecuente entre dos casados como el reunirse para los placeres y la alegría, y separarse luego en un momento de cólera ó de disputa, en vez de invocar á Venus como medianera, la cual ha sido siempre el más seguro médico de estos males pasajeros. Esto es lo que Homero nos da á entender con aquellas palabras que pone en boca de Juno: “.....Voy á poner fin à sus largas querellas acercándolos para los placeres del amor.”

Es pues necesario que los consortes eviten siempre y en todo lugar las disensiones y las querellas; pero sobre todo que jamás las provoquen en el teatro de sus placeres. Una mujer que sentía los dolores del parto, viendo que se la conducía á su lecho: “Cómo, dijo, podré curarme de mi mal allí donde lo he adquirido?”

Los disgustos que nacen en este asilo del reposo y de la ternura, no tienen la suerte de aplacarse en otras ocasiones y lugares.

Hermione dice con razón lo siguiente, según creo:

“Dejan lo que se me acerquen mujeres perversas, he causado mi propia desventura.” No sólo cuando una mujer abre su casa à ótras se pone en peligro de perderse, sino también cuando, en un momento de arrebató y de celos da oídos á las palabras de otras mujeres. En

estas ocasiones precisamente debe la prudencia ponerla á cubierto de las instigaciones secretas de las lenguas pérfidas que procuraren atisar el fuego de la discordia. Recuerde entonces la respuesta de Filipo á sus amigos que trataban de indisponerle contra los griegos, diciéndole que abrigaban calumniosos designios apesar de haber sido colmados de beneficios. “Qué sería pues, les dijo, si les hiciera algún mal” Cuando estas mujeres peligrosas vinieren á decirle: “Tu marido te trata mal apesar de conocer tu cariño y tu virtud,” qué sería, debe contestar: si acaso llegare á odiarle y ofenderle ?”

Un esclavo que había huido, siendo poco tiempo después perseguido por su señor, como á arrojarse á un molino. “En qué otro mejor lugar, le dijo su amo, habría querido verte.....!”

Igualmente una mujer que cediendo á los impulsos del resentimiento y de los celos pretendiere divorciarse de su marido, debe decirse á sí misma: “Què puede complacer más à mi rival como verme, resentida, apartarme de mi marido y abandonar su casa y su lecho. ?”

Los Atenienses celebran tres trabajos sagrados: el primero en la villa de Scira en memoria de la invención de la agricultura; el segundo en Raria, población de Atica, y el tercero cerca de Pelis, para honrar el uso de uncir los bueyes al arado. Pero la fecundidad conyugal es mucho

más santa y respetable, y Sòfocles ha acertado en llamar á Venus la fértil Citerea. Los que se hallan unidos con los lazos del matrimonio deben tratarlo con el más grande respeto sin manchar jamás la pureza con uniones ilegítimas y criminales.....

El retórico Gorgias leía en los juegos olímpicos un discurso cuyo objeto era aconsejar á los Griegos á la concordia: "Nos exhorta à todos nosotros á vivir en buena armonía, contestó Melancio; y él, viviendo apenas entre tres personas con su esposa y su criada no puede mantener la paz en su hogar."

Esta alusión se refería á los amores que Gorgias, según se decía, manifestaba por su criada y por lo cual su esposa se impacientaba de celos. Quien quiera pues establecer la paz entre sus amigos ó sus conciudadanos, principie por hacerla reinar en su propia casa; porque más fácilmente tracienden en público las ofensas que los maridos infieren á sus esposas que los daños que se ocasionan éllas à sí mismas.

Dicen que el olor de los perfumes ofende á los gatos de tal suerte que los induce al furor.

Si este olor produjera efectos semejantes en una mujer, sería muy culpable su marido si rehusara abstenerse de ellos, y que por el placer frívolo de un momento la expusiera á tan miserable estado.

Si pues las mujeres se enojan vivamente, no por que sus maridos gasten perfumes, sino porque se enlazan con ótras, ¿no será pues injusta cosa aligirlas y atormentarlas hasta este extremo sólo por un placer baladí? No debieran conservarse limpios de todo amor ilegítimo, á la manera de las personas que al acercarse á un enjambre de abejas tienen cuidado de observar continencia, sin la cual las incitarían al furor?

Los conductores de elefan'tes jamás se visten de blanco, y los que cuidan á los toros no usan vestidos colorados, por que estos colores enfurecen á aquellos animales. Cuando los tigres oyen el sonido del tambor entran en una tan grande furia que se despedazan á los mismos. Puesto que también hay personas que no pueden soportar ni el sonido de los tambores y tambales, ni los vestidos de colores, ¿qué les cuesta á las mujeres abstenerse de ellos, aún de no irritar á sus maridos, y de vivir con ellos una vida dulce y tranquila?

Decía á Filipo una mujer á quien este rey quería violar: "Déjame todas las mujeres que se estiman se acuestan cuando está ya apagada la lámpara." Esto puede muy bien aplicarse á los adúlteros y á los hombres desordenados. Pero una mujer honesta, aun en medio de las sombras de la noche, no se portará como una hem-

bra mundana. Aun cuando nadie pueda verla hará resplandecer su prudencia, su modestia, su amor y fidelidad para con su marido.

Platon exhorta á los ancianos á guardar mucha circunspección delante de los jóvenes, afin de que éstos aprendan con su ejemplo á respetarles; porque si los viejos pierden el recato, no se podrá ya inspirar á aquéllos ni pudor ni continencia. Fiel á este precepto, á nadie debe un hombre respetar tanto como á su esposa. La cámara nupcial será para ella escuela de virtud ó de vicio. Aquel que prohíbe á su esposa placeres que él se permite á sí mismo, exige, por decirlo así, que combata ella á enemigos á los cuales el mismo se ha entregado.

En cuanto á tí, Elidice, que has leído lo que Timoxenes escribió á Aristoteles sobre la afición á los adornos, ten cuidado de conservarlo en la memoria. Y tú, Poliano, no te lisonjees de que tu esposa renuncie á estos frívolos y superfluos atavíos si ve ella que tú los buscas en las demás cosas: que te gusta la vajilla dorada, que tus aposentos están pintados con magnificencia y tus caballos y mulos ricamente enjaezados.

Es imposible impedir el lujo en los departamentos de la mujer cuando reina en los del marido.

Puesto que tú, Poliano, estás ya muy instruído en la filosofía, adorna tu alma con útiles concepci-

mientos; y para ello frecuenta las personas que puedan instruirte: compártelos con tu esposa; y como las abejas, lleva à tu casa las dulzuras que hubieses recojido fuera. Esmérate en hacerla probar y familiarizarla con estos preciosos conocimientos; porque tú eres para ella padre, madre y hermano. Y no será, según mi juicio, menos honorable para un marido el escuchar de boca de su esposa: tú eres mi maestro é institutor de las más bellas y divinas enseñanzas.

Una de las grandes ventajas del estudio es que retrae à las mujeres de muchos ejercicios poco digno de ellas. La mujer que tuviere alguna noción de geometría se avergonzará de bailar; ni dará crédito inocentemente à las obras de las hechiceras, si hubiese gustado las dulzuras de los discursos de Platón y de Xenofonte. Si una gitana viniera acaso à decirla que hará descender la luna del cielo, reiráse de ello: sus conocimientos de astronomía le harán patente la ignorancia de las mujeres que se dejan persuadir por estos falsos sueños. Sabrá cómo, Aganicea, hija de Hègetor, el tesaliano, conociendo la causa de los eclipses en los plenilunios, y el tiempo durante el cual la luna entra en las sombras de la tierra, engañaba à las mujeres de su país haciéndolas creer que por su mandato descendía la luna del cielo à la tierra.

Jamás se ha dicho que una mujer hubiese lle-



gado á ser madre sin el concurso de varón; solamente vemos que los vanos gérmenes se engendran de humores corrompidos tomando una especie de consistencia. Evítese con sumo cuidado el que se formen en el alma esas monstruosas producciones. Si las mujeres no recibieren aquellos preciosos gérmenes de sólidas virtudes y útiles conocimientos que adornan el alma y la inteligencia de los hombres, engendráse en su espíritu toda clase de falsas ideas y desarreglados apetitos. Tú pues, Euridice, alimenta tu alma con las máximas de las más virtuosas y discretas mujeres. Recuerda siempre las lecciones que te he dado antes de tu matrimonio: sólo así serás la delicia de tu esposo y la admiración de las otras mujeres, mostrándote rica y verdaderamente adornada sin haber gastado dinero. No se puede tener con poco precio piedras preciosas y ricos vestidos de seda. Pero los adornos de una Teano, de una Cleobulina, de una Gorgo, mujer de Leonidas, de una Timoclea de una Cláudia, la antigua, de una Cornelia, hija de Scipión, y de tantas otras mujeres célebres por sus virtudes, pueden adquirirse sin dinero; y las mujeres que saben preferir estos adornos, viven una vida tan dichosa como honorable. En efecto, si Safo por el numen que le inspiraba para componer buenos versos ha podido decir con tanta confianza á una dama opulen-

ta: “Una vez estinguida con la muerte, no quedará niagún recuerdo de tí porque no has recogido las rosas de Piérides.”

¿No podràs tú también, Euridice, gloriarte con más justo título de haber recogido, no rosas pasajeras, sino aquellos preciosos frutos que prodigan las Musas à quienes cultivan las letras y la filosofía ?

+---s(\*)s---+

## OMISION

La última c'áusula de la página 4 debe terminarse de este modo:

No comprenden que la autoridad que uno ejerce sobre una mujer debe estar acompañada de miramientos para con su dignidad y alteza, del propio modo que para manejar el freno hay que regirse por la altura del caballo.